



Respuestas de los y las jóvenes a la realidad actual: Culturas juveniles

La respuesta de la juventud a la realidad actual, se expresa en un conjunto de manifestaciones que vienen paulatinamente asomándose y adquiriendo fuerza en los últimos años. Éstas a su vez, han sido catalogadas como situaciones problemáticas, que escapan al control normativo de la sociedad, siendo por ello, objeto de cuestionamientos e identificadas como fuente de peligro y riesgo para el orden social¹.



Podemos corroborar que en estos últimos tiempos han surgido pequeños grupos o microsociedades juveniles, que logran un cierto grado de autonomía del mundo adulto; como a su vez, una serie de orientaciones normativas y simbólicas, que permiten hablar de culturas juveniles². En palabras de Caries Feixa (1998) "en un sentido amplio, las culturas juveniles se refieren a la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional". Expresiones heterogéneas entre sí, que no están exentas de influencias del medio, pero que permiten diferenciar entre jóvenes, posibilitando con ello la identificación de un conjunto amplio de culturas juveniles.

Al interior de cada una de estas microsociedades, diversas manifestaciones simbólicas son reordenadas y recontextualizadas, en un "bricolage", donde se resignifican los símbolos u objetos, dándoles en muchos casos significados distintos de los originales, sin que en ello exista la intención de mofarse del significado simbólico que posee para otros. Esto permite, en definitiva, la

construcción de estilos juveniles, los cuales están compuestos, en palabras de Raúl Zarzuri (2000), por una serie de elementos culturales, entre los cuales puede destacarse:

- el lenguaje**, como forma de expresión oral distinta a la de los adultos;
- la música**, y especialmente el rock, que se transformó en la primera música generacional, internalizándose en el imaginario cultural juvenil, marcando las identidades grupales, producto de su consumo o de la creación; y
- la estética** que identifica a los estilos juveniles, a través de la forma de llevar el pelo, la ropa o accesorios, entre otros.

¹ María Emilia Tijoux (2002) sostiene al respecto que "los jóvenes pobres son entre todos, el principal blanco a que apuntan las políticas represivas -y de defensa- implementadas con el objetivo de mantener segura la vida económica y social. La delincuencia juvenil, la presencia de barras bravas, las manifestaciones estudiantiles y hasta los encuentros culturales, son algunos de los problemas que aparecen explicando la sensación de inseguridad de los ciudadanos. El proceso estigmatizador, iniciado con fuerza desde el siglo XVIII contra las clases peligrosas producto de la Industrialización, se afma y se focaliza en grupos donde hay que aplicar la mano dura del Estado. La pobreza, al quedar claramente circunscrita desde su 'posible' peligrosidad, será el marco que llevará a sus principales protagonistas hasta el encierro en la cárcel y en centros especializados que, antes de la mayoría de edad, se utilizan como lugares de observación y diagnóstico de sus conductas; (p. 176).

² Es absolutamente necesario reiterar aquí que este artículo tiene como centro principal la juventud urbana. En este sentido, no se puede dejar de reconocer, con dolor, que los jóvenes de sectores rurales e indígenas y en especial las mujeres (incluso las de sectores urbanos), no han sido estudiados con toda la profundidad requerida. "Ellos no son pane aún -como dice Juan Claudio Silva (2002)- en su totalidad, de este concepto de juventud, tal y como se lo entiende en las grandes ciudades urbanas, y que responde más bien al modelo de varón, urbano y en gran medida estudiante" (p. 119).



La necesidad de ser distinto, pero a la vez parte de un grupo de pares, es lo que lleva habitualmente a que una de las primeras actividades de estos grupos, como sostiene María Teresa Adán Revilla (1996), sea "adoptar una imagen que identifica a sus miembros, no entre ellos, sino externamente, ante los demás: dar nombre al grupo, asignar un apodo a cada uno de sus miembros, llegar a un acuerdo para portar una imagen estética similar, etc.". El joven de hoy como en otras épocas - busca decir con su vestimenta quién es él.

En este sentido, como nos recuerda Silvia Bonino (1995), "la vestimenta tiene múltiples funciones. Informa sobre nuestra identidad sexual, sobre nuestro status social, sobre nuestra pertenencia cultural. Sobre nuestra adhesión a un grupo, o en particular a un modelo de comportamiento". De aquí, por ejemplo, señala la misma autora, "cuando uno se viste con ropa considerada agresiva, el otro lo nota, con lo cual se cumple una profecía autocumplida".

De esta forma, como sostiene Francisco Castillo, los gustos musicales de la juventud ya no sólo se restringen a la adhesión a una "banda de música", sino que «se ha constituido en un fenómeno complejísimo que incluye variadas formas estéticas, grupos sociales, ideas sobre el mundo actual, posturas y visiones de la sociedad muchas de ellas conscientes y otras bastantes viscerales e inconscientes -, un intrincado sistema industrial que incentiva y alienta todo lo anterior con el gran objetivo de ganar dinero, mucho dinero. En otras palabras, se puede sostener que estos diversos grupos van constituyendo subculturas, al adoptar objetos y símbolos diversos, muchas veces descontextualizados de su matriz originaria y reelaborados por los miembros del grupo, en uno nuevo con su propio significado.

Frente a la realidad de un mundo globalizado, de una sociedad con Estados que ceden su espacio a las leyes del mercado, de un derrumbe de las utopías e ideologías, los jóvenes buscan, al interior de estos grupos, encontrar una identidad que los una y los diferencie de los otros. No se puede dejar de reconocer que, para algunos jóvenes, principalmente en los sectores pobres, esta conducta es su forma de "resistir" frente a una realidad, que no sólo les dificulta la construcción de una identidad personal y social, positiva y armónica, sino que los excluye, generándoles una fuerte inseguridad.

Esta realidad de exclusión e inseguridad, que dificulta la posibilidad de encontrar espacios relacionales donde se pueda desarrollar una conducta protagónica, "favorece - a juicio de María Teresa Adán (1996) -la 'apropiación' de otros espacios y zonas públicas que los jóvenes hacen suyos", tales como los barrios, que se han ido caracterizando por concentrar bares y pub, plazas y canchas de fútbol, permitiendo un nuevo "Territorio juvenil".

En esta misma línea, se puede interpretar la acción del "graffiti", donde los jóvenes marcan sus territorios con los nombres de los grupos que se identifican, ya sean musicales o futbolísticos, pero también con sus propias "chapas" (apodos). "Los graffiti - sostiene José Machado Pais (2002) - desempeñan unas funciones importantes de liberación de impulsos en otros contextos reprimidos. O sea, en la producción de los graffiti, los jóvenes dan lugar - mediante la ficción, la fantasía, la (re)invención de lo real- a una forma discursiva de liberación de fantasías reprimidas, transformando en 'hechizos' algunos de sus deseos. También es de afirmación de identidad, de manifestación de sentimientos personales o propios de los grupos de pertenencia. Sin embargo, el que es quizás el significado principal de los graffiti es el de la marca de posesión".

Con una finalidad similar, otra de las características de las sociedades urbanas contemporáneas que se puede agregar es "la circulación y resignificación de determinados signos y emblemas tribales - indica Alfredo Nateras (2002) - como las perforaciones corporales (piercings) y los tatuajes (tattoo), en una gran variedad de cuerpos y escenarios (...). Aunque estas manifestaciones artísticas se vean en otras ciudades y países del mundo, los significados construidos son particulares, dependiendo del contexto sociocultural al que correspondan, del género al que pertenezcan, e incluso a las adscripciones identitarias grupales que se tengan".

Nateras agrega, que el uso social del tatuaje, "en ciertos sectores juveniles, es ante la sensación de vacío de las sociedades transnacionalizadas de fin de siglo y milenio. Defensa ante la fragmentación de la vida cotidiana, ya que a través de la práctica cultural del tatuaje se adquiere una fuerte dosis de



adscripción grupal identitaria urbana, llevando a varios de sus miembros a marcar sus pieles (...) ...El tatuaje va dirigido a otro, es decir, para ser visto y contemplado por los otros. Así, el impacto en el otro facilita el establecimiento de vínculos con los demás, diferentes o similares a uno. Se cuenta con un símbolo o emblema que posibilita el acceso a determinados escenarios, personajes, y ante todo, un imaginario colectivo".

Actualmente, concluye Nateras (2000), "en los espacios urbanos somos cada vez más espectadores de expresiones artísticas variadas. Particularmente, en los cuerpos de los jóvenes que usan la ciudad como galerías ambulantes (tatuajes), bardas desbordadas en colores con códigos indescifrables (graffitis), del territorio corporal hecho atavismo con sus perforaciones, paseados en la aldea global(...).

Todas estas manifestaciones artísticas y fugaces activan procesos de identidades, agrupamientos, nuevas formas de usar el espacio urbanocorporal, con una gran diversidad de sentidos y significados. Además se inscriben en un campo cultural a partir del cual se teje una industria, denotando un ámbito de oferta y demanda: Un área de consumos culturales como bienes simbólicos".

Tribus urbanas

En esta realidad de nuevas manifestaciones culturales juveniles, de nuevas subjetividades y sociabilidades, de procesos complejos que está viviendo el mundo moderno, se ha llegado, en palabras de Maffesoli (1988), que será el primer sociólogo que diagnosticará este proceso en las sociedades de masa, a una tribalización de la sociedad moderna, donde podemos situar la aparición de las denominadas "tribus urbanas" como nuevas expresiones de subjetividad.

Éstas nacen, indica Raúl Zarzuri (2000), al parecer, "por la búsqueda de afectos, de nuevos tipos de relaciones que dejen de lado las construcciones sobre las relaciones sociales realizadas por la modernidad, marcadas por la racionalidad o producto de la división del trabajo, que ha llevado a la pérdida de éstos, en lo que hoy llamamos sociedad moderna. Ésta sería la gran crítica a la modernidad y una de sus características centrales, sobre las cuales se asienta lo postmoderno. En el fondo, es una vuelta a lo tribal, a lo afectivoemocional, propio de la comunidad.

Hoy en día el concepto de tribus está asociado al ámbito urbano, a la ciudad, donde proliferan tribus compuestas, preferentemente, por jóvenes. Por lo tanto, se puede decir que el proceso de tribalización urbana que vive la sociedad es una cuestión moderna, asociada a los grandes cambios epocales y que se manifiesta preferentemente en las grandes urbes. Para García Canclini (1995), la emergencia de estas agrupaciones, asociadas al fenómeno de las construcciones de identidades, compensan la atomización y la disgregación de las grandes urbes, ofreciendo pertenencia a grupos, principalmente para quienes no logran la integración social, a través de la educación y el trabajo.

En opinión de Michel Maffesoli (1990), cada persona, al interior de estas agrupaciones, recupera el carácter afectivo/emotivo. De aquí que los rasgos básicos del proceso de neotribalización, a juicio de Maffesoli, que es sintetizado por Juan Claudio Silva (2002), estén asociados con los siguientes tópicos:

- a) **Comunidades emocionales:** que se fundamentan en las comunidades de emociones intensas, a veces efímeras y sujetas a la moda;
- b) **Energía subterránea:** lo que hace referencia a las resistencias y prácticas alternativas que se oponen a la pasividad e hiperreceptividad;
- c) **Nuevas formas de sociabilidad:** bajo este tópico, se alude a que lo fundamental es vivir con el grupo, alejarse de lo político para adentrarse en la complicidad de lo compartido al interior del colectivo y
- d) **Fisicalidad de la experiencia:** surge la necesidad de contraponer a la fragmentación y dispersión de lo global, la necesidad de espacios y momentos compartidos en los que se desarrolle una interacción fuerte.

Las tribus urbanas, concluye Raúl Zarzuri (2000), "se pueden considerar como la expresión de prácticas sociales y culturales más soterradas, que de un modo u otro están dando cuenta de una época vertiginosa y en constante proceso de mutación cultural y recambio de sus imaginarios simbólicos. Proceso que incluso comienza a minar las categorías con las cuales cuentan las ciencias sociales para



abordar la complejidad social, y que, particularmente, en el caso de las nociones ligadas a la juventud, la realidad parece desbordar más rápidamente los conceptos con los que se trabaja". A lo que agrega Zarzuri, "son la expresión de una crisis de sentido a la cual nos arroja la modernidad, pero también constituyen la manifestación de una disidencia cultural o una 'resistencia' ante una sociedad desencantada por la globalización del proceso de racionalización, la masificación y la inercia que caracteriza la vida en las urbes hipertrofiadas de fin de milenio, donde todo parece correr en función del éxito personal y el consumismo alienante".

Realidad que se reafirma, en palabras de Maffesoli (2002) al indicar que "escapar de las instituciones fundadas en la modernidad parece ser lo propio de los jóvenes. Ellos, a fuerza de rechazo y aparente indiferencia, pugnan por una experiencia creadora y fundante de lo que quizás sean pronto las formas de sociabilidad que abrirán paso a nuevos modos de ser comunitarios".

Jóvenes en el siglo XXI

Es propio de estos tiempos vivir quejándonos por lo que acontece, quedándonos encerrados en núcleos muy pequeños de familia, amigos o asociaciones transitorias. El mundo grande y globalizado nos supera con mucho y tendemos a refugiarnos en el individualismo de personas o de grupos. O bien, como sucede cuando la desesperación golpea fuerte, saliendo a la calle a protestar anárquicamente y sin liderazgos claros.

Una generación privatizada

Esto marca profundamente la vida de los jóvenes que han nacido privatizados y, por lo mismo, subjetivos, con una crítica generacional a lo institucional -sean estos partidos políticos, Iglesia, sistema electoral y hasta el mismo matrimonio- queriendo inaugurar otras formas de asociación más pequeñas e informales. Pienso, por ejemplo, en aquellos que no quieren casarse con el sacramento del matrimonio pero inventan su propia ritualidad y desean que, en lo posible, haya un sacerdote presente. No a la institución, pero sí al sentido y a un rito más privado. En este contexto, que destaca tanto lo subjetivo, lo objetivo de toda moral resulta más difícil de asumir. Si se subrayan las sensaciones, la interioridad queda falta de silencio. Si se tiende, como sucede, a privilegiar las experiencias los procesos resultan más difíciles de lograr.

Pero, curiosamente, en un tiempo en que lo privado ocupa un espacio creciente, en todos los campos de la vida, a la hora de exigir las soluciones, se pide en nuestros países que "alguien" las resuelva tornando habitualmente la mirada hacia el Estado (Gobierno, Congreso, Municipio) o hacia la Iglesia. Pienso sobre todo en las demandas sociales y laborales, así como en los temas de salud y educación. Y en éstos, como en otros temas, los jóvenes son más sensibles a los resultados concretos que a los discursos.

En una sociedad multicultural

Por otra parte, vivimos en un supermercado de ofertas de sentido, en una sociedad que reclama la libertad de escoger, como un pilar fundamental, y con una creciente pluralidad cultural propia del mundo intercomunicado. Y esto que es de suyo una riqueza, si no está bien integrado, se presta para que todo dé lo mismo o para que, invocando un falso respeto por la libertad individual, se tienda a equiparar valores contrapuestos. Así, por ejemplo, hablamos de matrimonio para designar la unión estable y la unión transitoria, la unión de un varón y una mujer o la de la pareja de una misma "orientación sexual", y así se nos confunden las palabras, las realidades, los sentidos.

Como todo da lo mismo, con tal que haya "respeto", en general no nos metemos con los jóvenes en el tema de la inscripción electoral o en otras materias de orientación social o sexual, primando así una libertad desinformada. En definitiva caemos en un juego torpe y peligroso que se puede resumir en la frase: "esta es mi opinión...respétala tú así como yo respeto la tuya". Con esta especie de juego defensivo, cada cual se queda con su "metro cuadrado", asilado, cuando no equidistante, restringiendo decididamente la comunión con los demás. y como todo tiende a ser aceptable - con tal que haya



respeto o, por lo menos, tolerancia - se equiparan fácilmente las experiencias religiosas muy distintas: judíos, musulmanes, cristianos..., "total, en el fondo, se trata del mismo Dios"... y se cae en la superficialidad de pensar que cualquier experiencia mística, con tal que "me" proporcione algo de paz y serenidad, es igualmente válida.

Es fácil, entonces, que cuando se aplanan los valores y se apagan las luchas mayores por cambiar el mundo; cuando la tecnología bienvenida nos roba el silencio y la interioridad; cuando la globalización importa y exporta modas y modelos... haya búsquedas ardientes y algo vagas dirigidas hacia "lo" espiritual, "lo" valórico, y los ideales entren en letargo. Por eso hay que decirlo claro: los cristianos no creemos en espiritualidades ni en valores en abstracto. Los cristianos creemos en las espiritualidades y valores encarnados que son los que recibimos de Jesús y subsisten en Jesús. Para nosotros la cuestión valórica se basa en la experiencia del Señor y la espiritualidad es la vida que se despliega al ritmo del Espíritu de Cristo. Es una experiencia que se juega en la historia y que llama a la heroicidad, como la que han tenido los santos y santas de Dios.

Aliados de las causas más nobles

Los jóvenes a quienes servimos son hijos de esta sociedad con sus bienes y sus males, sus dones y carencias, y no podemos pretender que sean diferentes, salvo por reacción a ella como sucede en toda adolescencia. Pero ellos mismos y ellas mismas, siempre estarán dispuestos al entusiasmo, a la generosidad, al desafío, al heroísmo, y a entregar con mucha fuerza los primores de su amor y de su afecto.

Ellos son habitualmente los mejores aliados de las causas más nobles y cuando de ellas se trata, no escatiman esfuerzo ni se paralizan ante los infaltables "respetos humanos". En cada joven y, en especial, en cada adolescente, lo difícil adquiere en él o en ella un carácter de desafío apasionante.

A partir del análisis del texto anterior, y luego de haberlo enriquecido con nuestra propia reflexión, pensemos qué elementos, virtudes, realidades, situaciones, favorecen la construcción de nuestro proyecto de vida, y cuáles lo obstaculizan.
Construyamos con lo compartido un afiche.